

## UNA BASE DE ACCIÓN.

**H**AY en francés un libro eterno y terrible para los que no sepan encarar frente á frente su destino, y es el *Obermann* de Sénancour. Publicado por primera vez en 1804, hace ya más de un siglo, encierra lo más íntimo y lo más fuerte del rousseauianismo. Matthew Arnold, aquel crítico poeta de tal intensa sinceridad — de esa sinceridad que duele al mundo que, según la sentencia, quiere ser engañado — le dedicó dos poesías, á intervalo de algunos años la una de la otra. En la primera de ellas le llamaba *sadder sage*, el sabio más triste. La obra inmensa — no por la extensión material — de Sénancour ha llegado á ser breviario de algunos espíritus escojidos, y tendrá siempre sus fieles lectores, mientras se hundan en el olvido otras obras con que sus autores trataron de engañarse engañándonos.

Constituye el *Obermann* una serie de cartas, y en la XC, la primera del suplemento, no publicada hasta después de la segunda edición, hay una frase henchida de sentido y de consecuencias. Después de decirnos *Obermann* que no es serio sino lo duradero, añade estas palabras: "Gracias á nuestras fuertes resoluciones, subsistirá acaso algún efecto. El hombre es peracedero. Puede ser; más prezcamos re-

sistiendo, y si nos está reservada la nada, no hagamos que ello sea una justicia." Cambiad en positivo este precepto negativo *Obermanniano*, diciendo: "Si nos está reservada la nada, hagamos que sea ello una injusticia," y tendreis uno de los más robustos fundamentos de la ética, el más robusto acaso, una base de acción.

Hagamos que sea una injusticia nuestro aniquilamiento, es decir, merezcamos la inmortalidad, aunque no la alcancemos. He aquí un robusto cimiento de actividad. Merezcamos no morir.

¿Cómo mereceremos no morir? ¿Cómo haremos que sea una injusticia nuestro anonadamiento, si es que tal es la suerte que nos está reservada? Pues obrando de modo que lleguemos á hacernos insustituibles, que no haya otro que pveda llenar el hueco que hayamos dejado.

Cada hombre es, en lo íntimo y profundo suyo, único é insustituible; es él, y no hay otro que sea él. Cada espíritu humano, cada individuo personal, vale por todo el mundo. Digo el espíritu, no la vida. Porque este valor ridiculamente excesivo que conceden á la vida humana los que, no creyendo en el espíritu, peroran contra la guerra y contra la pena de muerte, es un valor que se lo conceden precisamente por no creer de veras en el espíritu, á cuyo servicio está la vida. Porque solo sirve la vida en cuanto sirve á su dueño y señor, el espíritu, y si el dueño perece con la sierva, ni uno ni otro valen gran cosa.

Mas nuestro deber es obrar de modo que sea una injusticia nuestro anonadamiento personal, obrar de modo que todos nuestros hermanos y nuestros hijos, y los hijos de nuestros hermanos, y los hijos de los hijos reconozcan que







no debimos haber muerto.

Y esto está al alcance de todos. Todos, es decir, cada uno puede y debe proponerse dar de sí todo cuanto puede dar, más aún de lo que puede dar, excederse, superarse á sí mismo, hacerse insustituible. Y cada cual en su oficio, en su vocación civil. *Officium* significa obligación, deber, pero en concreto, y debe significar siempre eso en la práctica. Y no se trata tanto de buscar aquella vocación que más á uno le acomoda, sino de hacer vocación de aquel menester en que la suerte ó nuestra voluntad nos ha puesto.

Y esto no son vaguedades, no, y menos en nuestra tierra. Porque mientras andan algunos por acá buscando yo no sé qué deberes y responsabilidades ideales, esto es, ficticios, ellos mismos no ponen su alma toda en aquel menester inmediato y concreto de que viven, y los demás, la inmensa mayoría, no cumplen con su oficio sino para eso que se llama cumplir — “para cumplir” es frase terriblemente inmoral — para salir del paso, para hacer que se hace, para dar pretexto y no justicia al emolumento.

Aquí tenéis un zapatero que de hacer zapatos vive. Los hace con el esmero preciso para conservar su clientela y que no se le vaya. Este otro zapatero vive en un plano espiritual algo más elevado; tiene amor propio del oficio, y por pique ó pundonor se esfuerza en pasar por el mejor zapatero de la ciudad, aunque eso no le dé ni más clientela ni más ganancia. Pero hay otro grado aún mayor de perfeccionamiento moral en el oficio de la zapatería, y es tender á hacerse el zapatero único é insustituible, á lo menos para su parroquia, el que de tal modo les hace el calzado que lo necesiten y echen de menos cuando falte, y que al morirse piensen todos sus parroquianos que aquel su zapatero no debió haberse muerto, no merecía morirse.

No sé si el ejemplo os parecerá pedestre, mas es por parecerlo á primera vista por lo que lo he escogido. Y es que el sentimiento del deber social, el sentimiento no ya ético, sino religioso de nuestro propio oficio, de la zapatería de cada cual, anda muy bajo.

Los obreros se asocian, forman sociedades cooperativas y de resistencia, pelean por el mejoramiento de su clase — lo que está muy bien, — pero esas asociaciones no se ve que influyan aquí nada en la moral del oficio. Han llegado á imponer á los patronos el que éstos tengan que recibir á trabajo á aquellos que la sociedad obrera respectiva designe en cada caso y no á otros, pero de la selección técnica de los designados se cuidan muy poco. Hay ocasiones en que al patrono apenas si le cabe rechazar al inepto por su ineptitud, pues defienden ésta sus compañeros asociados. Y cuando trabajan lo hacen, aquí por lo menos, por cumplir, para pretextar el salario, cuando no tiran de hecho á hacerlo mal para perjudicar al amo, de lo que se dan casos. Bien sé cuanto en aparente justificación de esto puede alegarse, y que cabe decir que los patronos por su parte





## UNA BASE DE ACCIÓN

---



3-98

3

maldito si se cuidan ni de pagar mejor al que mejor trabaja ni de fomentar la educación general y técnica del obrero, ni mucho menos de la bondad intrínseca del producto. De esto, que debía ser lo capital, de la mejora del producto en bien de los consumidores, de hacerlo lo mejor posible, ni obreros ni patronos se cuidan, y es que ni unos ni otros sienten con religiosidad su respectivo deber social. Y si las asociaciones patronales y las asociaciones obreras no sirven, por encima de los intereses de su lucha mutua, para hacer que se mejore el producto por anhelo de hacer siempre lo mejor posible, sea cual fuere su rendimiento, ni la acción de las unas ni la de las otras será fecunda para los fines que persiguen. Y agrava el mal esa desdichada forma de sociedades y empresas industriales anónimas, en que con la personalidad concreta individual del empresario desaparece el más firme sostén de una base ética de acción eficaz. Solo tienen deberes los individuos; lo del deber colectivo no pasa de ser una ficción ó una metáfora.

*am 1*  
Y lo que de obreros y patronos digo puédesse decir con más razón de todos, de los funcionarios públicos, de los llamados servidores del Estado, muy en especial. Apenas si sienten la religiosidad de su menester oficial y público. Nada más turbio, más confuso y más endeble entre nosotros que el sentimiento de los deberes para con el Estado, sentimiento que ha obliterado aún más la Iglesia Católica, que por lo que al Estado respecta, en rigor de verdad, es marquista. Entre los individuos de aquélla es corriente sostener la licitud moral del mateute y el contrabando, y olvidar que en el mandamiento cuarto de la Ley de Dios, el de honrar padre y madre, entra obedecer á toda autoridad legalmente constituida.





Conozco un hombre desahogado que, bajo el peso de la perspectiva pavorosa de ultratumba, pelea con todas sus fuerzas por hacer que si le está destinado el anonadarse la conciencia sea este anonadamiento una injusticia, por merecer la inmortalidad, por hacerse en cada cosa en que se empeña ó le empeñan insustituible y único, por superarse. Su menester es para él siempre pasión. Jamás ha transigido en hacer cosa alguna por cumplir, por salir del paso, por justificar legalmente el emolumento. Pone en cada caso toda la carne en el asador, según el dicho vulgar, el mismo empeño y ahínco en una conversación privada que en un discurso público y la misma alma en una carta que en un escrito destinado á la publicidad. Y como pone pasión en todo cuanto hace logra á menudo provocar el aplauso ó la censura, la atracción ó la repulsión de aquellos á quienes se dirige.

!Poner pasión! Poner pasión es poner padecimiento; es dar nuestra sangre, corporal ó espiritual, á los demás; es morir, de una vez ó poco á poco, en servirlos. Y es morir así por no morir, por apasionada ansia de no morir, por no merecer la muerte, por hacer que sea nuestro anonadamiento si es que nos está reservado, una injusticia.

Sin esta trágica base trascendente, todo eso de aportar nuestro grano de arena á la obra del progreso, todo eso de servir al designio social, todo lo de elevar el nivel común de cultura no es sino retórica fría - retórica, no poesía, no creación moral -- al servicio de los apagados de sentimiento, que pueden ser, por lo demás, personas de altísimo entendimiento y de rectas intenciones. Por mi parte no siento el deber, el de mi oficio sobre todo, sino sobre esa base de pasión. El sencillo creyente con la fé tradicional cristiana obra para merecer la gloria, y conforme á ciertos mandamientos ya prescritos y hasta en sus más menudos pormenores reglamentados - porque junto á la Ley divina, al Decálogo, hay reglamentos y divinas órdenes y divinos decretos que en nombre del Señor promulgan los que se dicen sus ministros - yo, por mi parte, con una fé á base de incertidumbres y desesperanza, obro para no merecer la muerte completa é irrevocable, para que todos



mis hermanos piensen cuando yo muera que no debía haber muerto, que me hice insustituible.

Y así quisiera que obrasen todos, cada uno en su oficio; éste en el gobernar, aquél en el de hacer comedias, el otro en pintar, el de más allá en cultivar un huerto, estotro en barrer la oficina, quien en hacer zapatos ó juguetes para niños, ó fusiles para los grandes, ó pan sustancioso y bueno para los que comen.

Empecé estas ligeras notas sobre una base de acción con una referencia á aquel trágico y apasionado Obermann de Senancour, aquel maestro de altísima moral; quiero acabarlas con otra referencia, y es á aquel trágico y apasiona-

do Brand de Ibsen, cuyo modelo viviente y sufriente en el tiempo hay que ir, sin duda, á buscarlo en Kierkegaard. Recordais á Brand, á aquel inmenso Brand, que logró transformar el alma de un pueblo hundido entre los fiordos de Noruega sin hacerles ningún tranvía eléctrico, y que tuvo al fin enfrente suyo á los progresistas del pueblo? Aquel enorme Brand, como no tenía soluciones concretas, como no tenía un Dios cualquiera hecho y derecho que evitase al pueblo el trabajo de tener que buscarlo, como no tenía un programa político ó social, ó eso que se llama, yo no sé por qué, orientación, acabó por quedarse solo, enteramente solo, para su mayor gloria y mayor bien de su obra. Y solo murió. Y era, sin embargo, Brand el que de todos ellos menos merecía la muerte.

Es fácil que hoy aquel pequeño pueblo, hundido entre los fiordos de Noruega, donde Brand sacrificó á su madre, á su mujer y á su hijo, y se sacrificó, tenga tranvía eléctrico, y sala de lectura, y un pequeño museo, y una filarmónica, y es muy fácil aún que sea el alcalde progresista quien se atribuya el mérito de haber hecho posibles esos adelantos, oponiéndose al loco Brand. Pero solo Dios sabe la verdad, Dios que dejó morir á Brand, que le buscaba ansiosa, apasionada, trágicamente, despeñado en un abismo de hielo de las alturas, y solo, enteramente solo. Tuvó el trágico pastor de almas noruego el consuelo en aquella hora del supremo silencio de no oír ni los silbidos ni los aplausos de los progresistas de su pueblo. Porque vale más morir solo que vivir mal acompañado.

Como saber, aquí la gente sabe más y mejor de lo que los presumidos puedan figurarse, más y mejor que los que se dedican á descubrir un Mediterráneo cada día; ahora lo que falta es pasión, pasión reconcentrada y fogosa, rabia de excederse, de superarse en el menester y oficio en que su voluntad ó la de los demás le han puesto á cada cual; lo que falta es intenso y trágico anhelo de hacer cada uno por merecer la inmortalidad, porque sea su anonadamiento, si le está reservado, y el del género humano todo, si al cabo llega, una injusticia.

MIGUEL DE UNAMUNO.

SALAMANCA, Enero de 1912.

